

La Voz Montañesa

Año XXI.—Núm. 6.084

Santander, Sábado 4 de Noviembre de 1893

Teléfono número 144

HORRIBLE HECATOMBE

No creemos necesario decirlo: ni el ánimo está para pensar, ni la pluma se presta a escribir ante la horrible, la indescriptible pesadumbre que nos abruma.

El 3 de Noviembre registrará para Santander la efeméride más horrorosa que han presenciado seres vivientes.

Los estruendos combates más encarnizados, los terremotos, los incendios más voraces, las inundaciones, todo, todo queda por bajo de la catástrofe de ayer.

Es imposible hacer con método las descripciones de los cuadros que se presentaban a la vista de los consternados habitantes de Santander, procuraremos hacerlo lo mejor que podamos.

Serían las dos de la tarde, cuando cundió la noticia de que a bordo del vapor *Cabo Machichaco*, de la Compañía Vasco-Andaluza, se había declarado incendio.

El vapor se hallaba atracado al muelle saliente del marqués de Campo, en Maliaño.

Inmediatamente acudieron en auxilio del buque todas las autoridades y muchísimas personas, y el muelle se inundó de curiosos de todas clases, sexos, edades y condiciones.

Dos horas y media hacia próximamente que el fuego a bordo del vapor no se podía dominar, y al dar las cinco menos cuarto una detonación incomprensible superior a toda ponderación, puso en movimiento, como un terremoto, todos los edificios de la población en todos sus más apartados ámbitos, viniendo al suelo con estridente ruido cristales, tabiques enteros, balcones, puertas y viéndose caer abundante lluvia de agua cenagosa mezclada con enormes pedazos de hierro, de pesos enormes, hasta de más de veinte y treinta arrobas.

Todos los habitantes, lanzando ayes espantosos, salieron a la calle, porque parecía que todos los edificios se venían abajo.

Pasado el estupor, porque como muchos no sabían que había un vapor ardiendo y ninguno podía ni presumir siquiera que a bordo del casco incendiado había enorme cantidad de dinamita, nadie podía explicarse lo que ocurría; el llanto se acreció al ver venir de Maliaño a todos cubiertos de fango y arrojando sangre, y más aun cuando se vio que había muchísimos muertos y muchísimos más heridos graves.

La Casa de socorro se vio pronto y todas las farmacias inundadas de heridos, algunos de los cuales fallecieron, catorce nada menos en la Casa de socorro, uno en la cochera de doña María Labaz y algún otro en otros puntos.

Por todas partes se veían médicos y sacerdotes dando los Sacramentos.

No era solo en Maliaño, en puntos tan distintos como la calle de la Compañía, Rampa de Sotileza, Alameda Segunda y otros, se veían mutilados los cadáveres, miembros separados de los troncos y cabezas.

No es posible describir el cuadro que la ciudad presentaba; todo el mundo buscando a los individuos de su familia: corriendo hombres y mujeres, frenéticos, locos, desatentados, sin oír más que alaridos y sin verse más que sangre y horrores por todas partes.

Para que el cuadro fuese más horrible, como efecto de la explosión, a la vez se iniciaron incendios en el Pasaje de Sierra, en la calle de Mendez Nuñez y en el Depósito de tabacos de la Compañía arrendataria; siniestros á que no se atendía, porque todos buscaban entre los mutilados cadáveres algún individuo de la familia que les faltaba, por lo que los incendios tomaron formidable incremento.

También se prendió fuego al tren de Solares, quemándose un carruaje por completo, y ardía el muelle á que estaba atracado el vapor.

Era imposible demandar auxilio, porque no se encontraba nadie con ánimo para prestarlo.

A las diez de la noche el fuego había invadido las dos aceras de la calle de Mendez Nuñez y tocaba en el Pasaje de Sierra la casa que ocupan la Audiencia y el Depósito administrativo.

El número de heridos graves pasa de seiscientos, otros tantos ó más leves.

El de muertos es imposible fijarlo, pero puede asegurarse que pasan de doscientos cincuenta.

Anoche se habían recogido ciento noventa á las doce y media y continuaban extrayéndose de la bahía, donde se calcula que debe haber otros ciento, próximamente.

Escenas aterradoras, lances incomprensibles, personas salvadas prodigiosamente, es incalculable lo que habremos de decir, cuando más tranquilo el ánimo se puedan recoger datos.

Una de las mayores desgracias, fué el que las autoridades y personas que podían mandar, ordenar y disponer, fueran heridas, y desgraciadamente, muchas perecieron.

Nuestros lectores comprenderán que la prudencia aconseja no dar en estos momentos nombres de las muchas personas identificadas entre los cadáveres recogidos y de los heridos, por la facilidad de incurrir en errores y por las familias, especialmente las ausentes.

La población presenta a la una, de la mañana, hora en que escribimos estas líneas, un aspecto aterrador,

Todos llorando la pérdida de seres queridos, asistiendo heridos y muchos a la vez desalojando las casas amenazadas por el voraz elemento.

Entre estos hemos visto un padre que mientras veía arder su casa en la calle de Mendez Nuñez, tenía el mutilado cadáver de la hija mayor a la vista, lo que murió dentro de la casa.

Es imposible conocer toda la horrible extensión de la catástrofe.

Cuando pasen estos momentos, nuestras columnas se abrirán a la caridad, para acudir en lo posible al socorro de tanta desolación.

En este momento, una y cuarto de la mañana, llega un tren de Torrelavega con bombas de incendios y gente para acudir al socorro de los incendios; y el secretario del Gobierno, señor Ortega de la Barra, que se ha encargado del mando de la provincia, gestiona el mandar un vapor a Santoña, para que vengan socorros de material de incendios y gente.

De los pueblos inmediatos vienen también numerosos grupos de vecinos, en auxilio de tanta desgracia.

Habíamos pensado publicar una relación de niños recogidos; pero desistimos de hacerlo, porque de las noticias que verbalmente hemos suministrado, han resultado escenas horrorosas, como la de haber dado por vivos algunos, cuyo cadáver se encontró después.

Algunas casas presentan destrozos incomprensibles, barras de seis y más metros de largas y de peso de muchas arrobas, cayeron sobre los tejados, haciendo destrozos inconcebibles.

En muchas casas se han curado numerosos heridos que no se han presentado en la Casa de socorro.

Llegará de un momento a otro otro tren con socorros de Bárcena y demás pueblos de la línea del Norte.

En la calle del Puente una ancla entera rompió el alero del tejado de una casa, arrancó el antepecho de hierro de un balcón del tercer piso, cayendo en la acera, rompió cuatro fosas, hundiéndolas cerca de un pie en el suelo.

En los arcos de Botin cayó un árbol torneado de gran peso.

En la calle del Correo un pedazo de lingote de hierro dió muerte a una niña.

En las escaleras del muelle de pasajeros había anoche un cadáver y en otra inmediata otra.

La mayor parte de los almacenes de la zona de Maliaño han sufrido grandes desperfectos, siendo muy pocos los que no tienen rotas las puertas.

En el Gobierno de provincia se hundió un trozo de techo, se cayeron varios tabiques y el de la Inspección de Seguridad ha quedado inclinado y amenaza caerse.

Sobre la mayor parte de los tejados, á distancias que parece imposible, hay ruedas, árboles, cadenas de peso enorme que han causado destrozos de consideración.

Se nos dice que en Peña Castillo un pedazo de hierro dió muerte á otro hombre.

Las calles de la población se ven todas cubiertas de fragmentos de cristales, pudiéndose asegurar que no han quedado sanos ni los de los aparadores de las tiendas, ni los balcones y ventanas.

En el Muelle, calles de la Ribera, Mendez Nuñez, Castilla, Cádiz, Calderon de la Barca y Madrid, hubo hundimientos de consideración.

Personas que se hallaban en los domicilios y en los escritorios se vieron sorprendidos por proyectiles enormes que taladraban puertas, tabiques ó cielos rasos.

Todas las comunicaciones telegráficas y telefónicas han quedado interrumpidas, porque los hilos metálicos y los cables del alumbrado eléctrico se ven por todas partes por los suelos.

A las once y media de la noche pareció un herido que desde las cinco menos cuarto se encontró sin socorro, por que á cosa de las cinco y media cundió la voz de que se iba á producir nueva explosión, con lo que se produjeron vertiginosas carreras y quedó toda la zona de Maliaño de sierta, y tal pánico se apoderó de todos, que causaba espanto aproximarse, no ya á los muelles, sino ni acá al centro de la población, siendo numerosas las familias que, abandonando sus hogares, marcharon á la Albericia, á Cajo y á la Atalaya, buscando los puntos más lejanos del peligro.

Cerró la noche y el espanto, la confusión aumentaron al reverberar de las llamas de los tres horribles incendios ir conociendo la enormidad de la catástrofe y con el constante griterío de los que iban encontrando cadáveres, de los que no encontraban á sus hijos, y los buscaban entre el monton de cadáveres en los mutilados miembros que di seminados por todas partes se encontraban.

Para formar juicio exacto de lo espantoso de la detonación, baste saber que en la estación de Renedo saltaron en pedazos los cristales.

Maliaño quedó en toda su extensión como si por muchos días hubiera llovido torrencialmente, tal tromba de agua se elevó á la explosión.

Entre las salvaciones prodigiosas, hay hombre que fué

lanzado á gran distancia, y cayendo en tierra, no se causó lesión alguna.

Sabemos de uno, que lanzado al agua, permaneció después de sufrir el embate de un movimiento del agua de la bahía, como de mar gruesa, hasta pasadas las diez de la noche hora en que se le encontró en un estado de paroxismo, que costó trabajo volverle á una relativa tranquilidad.

El temor de que los tres incendios si sopla viento al rayar el día lleven á otros edificios fragmentos que produzcan nuevos incendios, aumenta á las primeras horas el terror.

No hay quien pueda conciliar el sueño.

El depósito de cadáveres del hospital ha resultado insuficiente y se ven amontonados restos informes, miembros separados del cuerpo, cabezas y la mayor parte de los cadáveres con tan espantosas mutilaciones, que solo podrá hacerse la identificación por las ropas.

Persona respetabilísima hay entre los cadáveres, que solo pudo ser anoche reconocida por el reloj.

No podemos más, el ánimo contristado, no nos deja continuar; el temor del incendio nos sobrecoje, porque la catástrofe no ha terminado aun, ni es posible calcular donde y como terminará.

El más espantoso paroxismo se apodera de todos los ánimos. El amanecer del día 4 de Noviembre ha de ser más espantoso aun, porque se conocerá la horrible extensión de la catástrofe, que tan desaliñadamente describimos á grandes rasgos.

Tenemos que lamentar pérdidas sensibles y no tienen lágrimas los ojos.

Desde el momento de la explosión, todos los establecimientos de la población cerraron las puertas, no viéndose abiertos desde dicha hora en adelante ni siquiera los estancos y las boticas.

Cada momento que pasa, la catástrofe presenta más espantosos detalles.

Numerosos padres, esposas, madres y hermanos buscan todavía á las tres de la mañana á individuos de sus familias, cuyo paradero se ignora.

Es evidente que no puede haber quien no habiendo tenido novedad no se haya apresurado á presentarse en casa para tranquilizar á las familias.

Sin embargo, hemos tenido ocasion de ver personas tan fuera de sí, que no solo no se dan cuenta á estas horas de lo que les ha ocurrido, sino que no pueden ni aun decir, dónde viven, quiénes son ó á qué familias pertenecen.

El amanecer de hoy, lo hemos dicho y lo repetimos de nuevo: ha de ser aun más horroroso que lo que podía pensarse.

Muchos de los heridos conducidos, después de curados, á sus casas, se han agravado, y algunos fallecido.

Puede considerarse incendiada toda la calle de Mendez Nuñez en sus dos aceras, se han derruido todas las casas de la calle de Calderon de la Barca desde el Pasaje de Sierra al Oeste, ó sea hasta la casa que ocupa la Audiencia; Por fortuna, en medio de tanta desgracia, no sopla viento alguno, y el incendio por sí se ha localizado, no propagándose por ahora, á otras manzanas de casas.

En el Principal, hay extensa relación de niños de poca edad, recogidos y que las familias que noten falta de alguno pueden examinar.

A las tres de la madrugada de hoy ha fallecido á consecuencia de la grave herida que le produjo en la cabeza un pedazo de hierro en la catástrofe de ayer, nuestro malogrado amigo el joven don Baltasar Escobio, sobrino de nuestro querido director don Antonio Coll y Puig.

En estos momentos no podemos hacer más que identificarnos con el dolor que por tan terrible desgracia aflige á nuestro querido amigo el director de LA VOZ MONTAÑESA, á su distinguida esposa y á los hermanos del finado don Cándido y don Jesús.

Mañana domingo á las once de la mañana, será conducido su cadáver al cementerio.

Igual manifestacion de duelo dirigimos á las atribuladas familias de las numerosas víctimas de ayer.

¡Cuánta desolación! ¡Cuánto luto! ¡Cuánta desventura!

SANTANDER

Imprenta de LA VOZ MONTAÑESA
San Francisco, 29

